

dulce y de inflexiones cariñosas, y llegaron á sus oídos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos.

—Sí, don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos á Tomóchtic, ¡María Santísima nos valga!

Y Mercado, *corriendo un punto*,—es decir alargando el *ajuste*,—el cinturón de su espada, fuese llevando la impresión agradable y melancólica de la jovencita de figura airosa y ligera, de la hija de San José, que debía marchar también á Tomochic.



III

HABÍA sucedido que el día 3 de Octubre de 1892, en la tarde, Mercado, terminaba, después de comer, una carta á su madre, en una fonda del barrio de Peralvillo, escribiendo sobre el mantel de pobre mesa.

Aquella á quien tanto quería y por la que abandonaba sus estudios en el Colegio Militar, pasaba una temporada en Tacubaya, en casa de una amiga suya. Su segundo marido, que vivía perpetuamente borracho, estaba entonces entregado al juego, arrastrando una vida de aventurero soez y cínico.

Así es que el subteniente estaba triste y como siempre pálido... y en un prelude de llanto húmedos sus ojos.

Dobló la carta, puso la dirección y después de pegarle un timbre, permaneció—cruzados los brazos sobre la mesa—absorto en vaga meditación. Llegó un

cabo de parte del ayudante del batallón, comunicándole que aquel le ordenaba se presentara al momento en el cuartel, que estaba casi enfrente de la fonda.

Cuando llegó, supo, estupefacto, que medio batallón partiría por el tren Central, esa noche, para Chihuahua. No indagó más, y algunas horas después, en un vagón atestado de soldados y maletas, caminaba á todo vapor, devorando kilómetros, escuchando atónito el trueno del rodaje sobre los rieles, cuando abrían la portezuela.

Nunca había viajado, y estaba contento de ser lanzado tan de improviso á nuevas sensaciones.

Llegado á Chihuahua, después de un camino de dos días con sus noches, la última de éstas, á las ocho, se encontró formado en unión de sus dos compañías por espacio de una hora frente á la estación.

Y luego, atravesando la ciudad, llegaron al cuartel que ocupaba el 11° batallón, situado á media légua de aquélla.

Durmió tranquilo; y al día siguiente, en conversaciones con oficiales del otro cuerpo, pudo reflexionar acerca de lo que pasaba.

Se había sublevado contra el Gobierno un pueblo lejano, en el corazón de la Sierra Madre; se habían mandado por dos veces fuerzas y habían sido derrotadas, muertos muchos oficiales y prisionero el teniente coronel Ramírez del 11.º batallón. Aquello era muy serio.

Además, la causa de los insurrectos parecía ser sim-

pática, aunque nadie definía su bandera política. Su valor y destreza en el manejo de las armas de fuego, era proverbial en todo el Estado... ¡Eran admirables tiradores!

El pueblo chihuahuense, inculto, pero valiente y altanero, mostraba á los oficiales una antipatía sorda que se declaraba en elogios estupendos á los de Tomochic. No hablaban de otra cosa... eran unos semidioses, invencibles, denodados, heroicos; unos tigres de la sierra que derrotarían todas las fuerzas que se les enviara... ¡Oh! sí. ¡Ah! ¡cómo eran buenos!

Sabía, en efecto, que eran verdaderamente temerarios, hasta lo inconcebible; su táctica consistía en dirigirse exclusivamente á los oficiales y jefes. Sabían muy bien que muertos éstos, las tropas se desbandaban indefectiblemente, y ya se había visto en el combate del día 2 de Septiembre la verdad de ese principio. Aquel triunfo los había hecho más orgullosos.

Cruz Chaves, el cabecilla, les predicaba una extraña religión, especie de catolicismo cismático que desconocía al clero, mezclado con extravagantes ideas de santidad, propias de un estado inculto y de una ignorancia completa.

Eso fué lo que hasta entonces pudo saber Miguel, aunque su espíritu investigador intentaba profundizar la verdadera causa de aquel alzamiento nunca visto, estúpido y audáz.

¿Había algunos ambiciosos que explotasen el indomable valor de los serranos, protegiéndolos, para lan-

zarles luego contra las bayonetas federales?... ¡Demasiado se hablaba de ello y se mencionaban nombres!...

En Guerrero, cabecera del distrito del mismo nombre, debería efectuarse la concentración de las fuerzas, ya respetables, que tras la derrota enviaba el gobierno federal contra el pueblo de Tomochic, á sesenta leguas de Chihuahua.

Doscientos cincuenta hombres del 9.º se enviarían allí con los piquetes de seguridad pública del Estado, 5.º regimiento y una compañía del 11.º batallón que sobrevivía al desastre del 2 de Septiembre. Además, y por vía de ensayo, se había hecho venir de Méjico una piececita de montaña sistema Hoskiss, de pequeño calibre, municionada con cien granadas y cien botes de metralla, y dotada de seis artilleros al mando de un teniente. Tomaría el mando de esta pequeña brigada el general Rosendo Márquez, y como segundo jefe, el general coronel José María Rangel, jefe de la segunda zona militar cuyo cuartel general está en Chihuahua.

Ordenóse al coronel Gómez, jefe del 5.º regimiento que suministrase caballos ensillados á los oficiales del noveno, los que casi todos, recién salidos del Colegio Militar, no podrían por primera vez hacer las seis jornadas que hay de Chihuahua á Concepción Guerrero.

El día 10 se emprendió la marcha llegando las dos compañías á aquella ciudad el día 15, atravesando terrenos desiertos é incultos y lomas ásperas y pedregosas.

Tuvo que resentirse mucho la tropa, pues el 9.º ba-

tallón hacía más de ocho años se hallaba inmovilizado en la capital de la República, luciéndose en las formaciones de parada por su corrección en las marchas y alineamientos, y los uniformes nuevos y aseados.

Y había que ver á aquellos oficiales, que en los pasillos de palacio y en las banquetas de Plateros, siempre abrochada la levita, acicalados y severos, lucían los dorados del uniforme, suspendida del cinturón la flameante espada; había que verlos por el árido y duro camino, empolvados y sucios, ennegrecidos por el sol, á caballo, al lado de los soldados que á *paso de camino*, calzados con gruesos *huaraches*, remangado el pantalón debajo del que flotaban los extremos de los calzoncillos, la mochila á la espalda, al aire el paño de sol y el fusil *suspendido del hombro*, marchaban entre el polvo del camino, que se extendía hacia el ocaso, interminable y accidentado.

¡Ni un solo árbol en aquellas vastas soledades; sólo las moles inmóviles y escuetas de los cerros perfilaban el horizonte vasto, recortando con sus curvas el azul intensísimo del cielo...y tras aquellas ciclópeas gradas, la formidable, la intrincada Sierra Madre!

Después de *rendir la jornada* en rancherías pobres y escasas de recursos y víveres, se nombraba una guardia y se procedía á hacer el *rancho* para la tropa, la que se tendía en el suelo, feliz, con la fruición voluptuosa de estirar los miembros fatigados y sudorosos. Los oficiales se dispersaban en busca de alimentos que se los

vendían de mala gana con frias reservas y á precios bastante elevados.

A veces volvían con las manos y el estómago vacíos, mal humorados y frenéticos contra aquella gente, inhospitalaria en verdad, pero que había adquirido en otras ocasiones, alguna experiencia con los abusos que siempre é inevitablemente comete la soldadesca hambrienta y cansada.

Miguel observaba que mientras más se acercaban á la sierra, más se reconcentraba aquella odiosidad y aquel acaloramiento con que exaltaban á los «Tomo-ches» como les decían los campesinos.

Las mujeres, que heroicamente seguían á «sus viejos» y luego avanzaban para proveerse de comestibles, relataban á los soldados cosas maravillosísimas.

Aquellas hembras sucias, empolvadas, con las enaguas hechas girones, calzadas también con *huaraches*, llevando áuestas grandes canastas repletas de ollas y cazuelas, adelantándose mucho á la columna, parecían más bien caníbales de alguna tribu de la Oceanía emigrando en bandadas.

Y sin embargo, en ellas, por miserables y degradadas que fueran, se advertía el heroísmo y sufrimiento que caracteriza á nuestros soldados, de los que comparten la suerte, sin resistencia ni protestas, de frente á la miseria y la muerte.

Eran también estas *soldaderas*, una horda devastadora, y al pasar cerca de las milpas, arrancaban mazor-

cas y elotes, dejándolas como si hubiese pasado una nube de langostas hambrientas.

En el camino, daban gran quehacer á los oficiales que impedían que diesen agua á los soldados; pero no obedecían y obstinadas y tercas, burlaban su vigilancia, llevando á la tropa las ánforas llenas, las que los pobres hombres bebían sudorosos y jadeantes, con gran envidia de los que no conseguían tan rico tesoro.

Ellos protestaban en sus conversaciones íntimas, ignorantes, al grado de que algunos decían:—*que si á la misma máquina le daban agua para que siguiera andando, á ellos ¿por qué se les prohibía?*...

Las *viejas* estaban azoradas con lo que en los ranchos las decían, y relataban las cosas estupendas á sus *juanes*.

—*Afigúrese* usted, don Chema, decía una tarde, una vieja alta y flaca, á un mocetón de cara ancha y bronceada que engullía como un idiota, enormes *gordas*, que ella le había traído por todo alimento,—*afigúrese* *quesque* Teresita *mesma* bendice las carabinas, y cada tiro que *avientan* es un muerto, y que los *gringos* han *regalao* muchísima artillería... ¡muchísima! ¡Ay, mi alma!

Don Chema dejó de mascar y reflexionó un rato sobre la gravedad de aquello; pero después continuó comiendo melancólicamente como un fatalista.—Claro... *¿paqué* hemos de ir?... nos matarán de una vez... no que, anda y anda... ¡y luego á morir como chivos! Pero otros se las echaban de incrédulos ¡protesta-

ban y mentían! habían derrotado el 11.º ¡pero al 9.º era muy diferente! no se dejarían agarrar en el río bañándose, ¡ya verían si *defeicionaban* los del 9.º batallón!

Al bajar una cuesta que serpenteaba penosamente por la falda de la montaña, en un marcado ángulo agudo, cuyo vértice era el fondo de un barranco, supo Miguel, que allí, hacía dos meses, que estando parte del 11.º en Guerrero y creyéndose necesarias más municiones, se pidieron á la matriz del batallón, la cual las remitió con una reducidísima escolta. Los «*Tomo-ches*» lo supieron y en aquel mismo punto, cuatro ó cinco de ellos, pusieron en fuga á la escolta apoderándose de las municiones.

Más tarde, en el cuartel del 11.º, se recibían, dirigidas al coronel, las cajas con los cartuchos... vacíos.

Muchas veces en el camino, Miguel recordó esta anécdota, cuando se retrasaba la piececita que venía á retaguardia de la columna. Dada la audacia de los montañeses, era en efecto, de temer un golpe semejante.

En Guerrero acamparon las dos compañías del noveno batallón, en la Alameda, prontas para internarse, á la primera orden, en la Sierra Madre, cuya oscura silueta, desde allí, descubre sus ondulaciones gigantescas.

IV

CUANDO salió de la fonda, de prisa atravesó Miguel la plaza desierta, para incorporarse á su campamento, en el extremo del pueblo, en la Alameda, donde se habían hecho pabellones de armas, formando un cuadro dentro del que la tropa comía y descansaba.

Aquella alameda, poblada de unos cuantos pinos viejos y melancólicos, surcada por algunos caños de agua sucia, con bancas de piedra en su perímetro rectangular, estaba rodeada de algunas casuchas bajas y su aspecto era triste y desolado en extremo.

Los vientos fríos de la sierra doblaban las vetustas ramas que se lamentaban constantemente con sempiterno y monótono quejido.

Sólo la llegada de las fuerzas federales había animado el desierto lugar, y cerca de los pabellones de armas

el cuadro del campamento había afluído una multitud de vendedores de carne, pan, tortillas de harina (*tortias* les decían) gordas, duraznos, manzanas y dulces.

En la noche, cuando todos los oficiales reunidos llegaron á cenar á la fonda, tuvieron una noticia de sensación: el teniente coronel José M. Ramírez, del 11.º batallón, que en el combate del día 2 fué herido y hecho prisionero en Tomochic, había sido puesto en libertad, incondicionalmente por los valientes serranos.

Aquello era estupendo, inverosímil, ¿qué significaba esa acción en los momentos en que se les preparaba un serio ataque? ¿No podía serles muy útil como rehenes en caso de derrota? ¿Era debilidad ó cobardía?

¡Eso no! pensaban cuantos conocían el valor de aquella gente indomable.

Las noticias que traía el mismo jefe demostraban que estaban más decididos que nunca á esperar el ataque, bien armados y aumentados su número cada día con los descontentos de los pueblos de la sierra y los perseguidos por las autoridades políticas; y aun los bandidos que, como Pedro Chaparro, se incorporaban con gente y dinero, á la sola perspectiva del botín. Entonces, no podía ser otra cosa que una manera muy noble y muy digna de arrojar el guante y citar al adversario cual paladines de la edad media.

Los detalles del suceso se comentaban de muy diversas maneras; unos decían que por promesas de dinero, otros que Ramírez había hablado á Cruz arrodillándose ante la imagen de la Santa de Cahora, permaneciendo

en oración días enteros; que hizo creer milagro de ella su conversión y que fué puesto en libertad para que pregonase el hecho.

La versión oficial era que, no pudiendo resistir el trato que se le daba, ni alimentarse con maiz tostado y agua, había llamado á Cruz y le había dicho que lo fusilara y no le matase así, y que Cruz admirado, le había dado víveres y cuatro hombres armados que lo escoltaron hasta la entrada de Guerrero.

El hecho era que se encontraba allí, viniendo á confirmar las noticias que corrían respecto al aumento de los sublevados á los que hacían subir á más de trescientos; pero que todo el mundo convenía en que, sin ninguna exageración, cada uno valía por diez.

Una corriente de aire helado pasó por aquella atmósfera ardiente de alientos varoniles; algunos palidieron levemente; la conversación decayó; pero lo que más hizo aumentar el desaliento fué que Rendón, teniente de Estado Mayor, contó que el general Márquez no tomaría el mando de la fuerza sino que lo cedería al general Rangel, el cual solo llevaba instrucciones vagas de aquel, quien permanecería en Guerrero á la expectativa, á veinte leguas del teatro de los sucesos.

De suerte que era un general en Jefe honorario, un nombre decorativo en los partes de campaña y nada más.

Y en verdad que era inútil la presencia de aquel jefe frente á Tomochic. El telégrafo funcionando hasta la capital de la República, permitiría al mismo general

Díaz ordenar desde su gabinete las operaciones de la pequeña campaña.

—¿A qué, pues, mandar encumbrados generales al combate?...

Con el general Rangel, que ya conoce bien el terreno, basta para que dirija en jefe, llevando precisas instrucciones superiores.

Así se explicaba aquel Mayor que en la comida razonaba sobre los *tomoches*.

—Además,—agregó,—Guerrero es el centro de una base de operaciones, en caso de una campaña formal, si se sublevasen, secundando el movimiento de Tomochic, algunos otros pueblos y minerales de la sierra, entonces la presencia aquí del general Márquez defendiendo con la fuerza que le quede la plaza, mientras llegan refuerzos de Chihuahua, sería utilísima... ¡Abandonar Guerrero sería imperdonable!

—¡Pero qué, mi Mayor!—preguntó con aire de desdén el teniente Torrea, que era un altivo mocetón, leal y simpático, oficial del 9.º batallón, ¿qué sería posible que llegaran á tomar Guerrero?

—Teniendo al frente una persona inteligente, y uniéndose todos esos malditos, ¿por qué no? Lo bueno es que como no tienen planes, ni instrucción, se les destroza en un momento, aunque costando muy caro, porque son valientes *como todos los diablos*.

Mientras Cuca muy atareada llevaba platos á los oficiales, que ya aseados y cepillados cenaban con más calma, la conversación seguía un curso serio y tranqui-

lo, sostenida por los más instruídos, mientras los demás escuchaban en silencio.

Castorena, el subteniente chaparro y fornido, de rostro y pelo azafranado, siempre de buen humor, el que bebía botellas de *tequila* con la misma facilidad que improvisaba malas cuartetitas que le valían aplausos y copas, echó todo á la broma y comunicó alegría á la reunión.

Era un calavera de veinte años; de una alegría á prueba de *arrestos*, fatigas y hambres; mordaz en las *chulas* y *raspas* oficialescas en cuyas *chorchas* y *parrandas* era indispensable; bebiendo constantemente, aunque pocas veces se emborrachaba porque, como él decía, *tenia sesos de bronce*. Total: un muchacho desbarajustado, satírico y pendenciero; un enamorado terrible y un paseador alegre; guitarrista regular, cantante insufrible y poetastro endemoniado...un oficial excelente si no tuviese empeñado siempre el uniforme de gala, la pistola y la espada.

¡Cáiganse muertos con sus *jolas*... (1) ahora verán si nos damos gusto... ¿con cuánto se cuotiza usted, mi teniente?... ¡Magnífico!... A ver tú, Mercado... Cuquita, ¿en cuánto nos alquila su guitarra?

Señores, el frío os agarra...

No estará el alma tranquila,

Si no bebemos *tequila*,

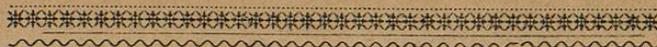
Y tocamos la guitarra...

(1) Moneja de 1 y medio centavo. *Las jolas*: quiere decir el dinero.

Y Castorena, el oficial chaparrón *de sesos* de bronce, se puso en pie y fué recto á descolgar la vieja guitarra de la fondera, ante la admiración y regocijo de sus compañeros que reían de sus bufonadas.

Ya los oficiales superiores habían salido.

Poco después los otros, envueltos en sus capotes, cantando y bebiendo, tumultuosos y alegres, salieron á la plaza solitaria, donde un cierzo duro y frío doblaba los arbolillos escuetos del zócalo.



V

Al día siguiente, 16 de Octubre, después de la diana, siempre alegre y entusiasta, y que comunica al soldado algo como una fuerza galvánica que le electriza y anima en el despertar alborozado del día; luego que se repartió el café caliente, que constituía el primer alimento de la tropa, desfilaron las compañías del 9.º batallón sin armas, al río, á bañarse y á lavar la ropa interior.

Previamente se había repartido un jabón á cada individuo, y cuando marcharon *por el flanco derecho doblando* iban muy contentos, haciendo encargos en voz alta á sus *viejas*, conversando y cantando, entre la bruma espesa de la mañana, mientras los oficiales á los *flancos* encapotados, enrolladas al cuello las bufandas